Historia del bienaventurado San Albano

Madrid

[1893?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCl00045.05

Control Number: ADT-7640
OCLC Number : 29761280

Title : Historia del bienaventurado San Albano y raros sucesos de sus padres.
Imprint : Madrid : Hernando, [1893?]
Format : 16 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Alban, Saint, d. 304?
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-28-94
Camera Operator: CS

(DOS PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL

BIENAVENTURADO SAN ALBANO

Y RAROS SUCESOS DE SUS PADRES

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DEL

BIENAVENTURADO SAN ALBANO.

INTRODUCCION.

Resuene por todo el orbe cristiano, y aun por la region vaga del viento, la fama del hecho mas abominable, torpe y feo, que pudo caber en pecho humano, y que con rubor se diseñará en el corto espacio de esta historia, para confusion y ejemplo de los mortales protervos que no oyen las voces de Dios ni los latidos de sus conciencias por estar muy constantemente sumergidos en el cieno de sus lascivos deleites. ¡Si considerasen los riesgos y peligros á que por vivir desenfrenadamente ciegos están espuestos! Adviertan, que la raiz de todo mal es el descuido de no mirar á lo futuro, y prevenir lo que pueda suceder. Dichosos son los que siempre viven temerosos de lo que puede sobrevenir, y nunca se aseguran en lo presente, sabiendo que todo se desvanece como el humo, y que los que hoy están en la lozanía de sus vicios, á una vuelta de cabeza, los asalta impensadamente la muerte, y acaso desastrada, á violencias de un agudo cuchillo, como le sucedió á uno de los personajes de quien vamos á tratar en la presente historia.

CAPITULO PRIMERO.

Noticia de quien era el príncipe Hisano.—Horrible atentado que cometió con una hija suya.—Nacimiento de Albano.—Es abandonado en un monte, donde fué hallado por el rey de Hungría, quien le adoptó por hijo.

Un potentado del reino de Hungría, llamado Hisano, que por vivir olvidado del santo temor de Dios, y de la educacion cristiana, que como príncipe y padre de familia debia persuadir á sus domésticos, vino á caer, sugerido del demonio, en un impulso lascivo de reincidencia, del que ya habia precedido absolucion pontificia, con lo que irritó la paciencia Divina, y por ceguedad oscureció la nobleza que habia heredado de sus antepasados.

Este príncipe, pues, tenia una hija de tan raras perfecciones que era un vivo retrato de la hermosura, pero tan desgraciada como beilla, en términos que no puede encarecerse; pues fué como la delcada rosa, que nace su hermosura para sufrir los encuentros de las punzantes espinas. Tenia la hermosa princesa poco mas de los floridos quince años de su edad, cuando llevado el padre de su belleza, cual Faetonte despeñado y cual Icaro ya herido de los hermosos reflejos de su rostro, se levanto cierta noche con un puñal en la mano, y con lentos pasos dirigió sus pisadas á la habitacion de la princesa. Aquí titubea la pluma al considerar en este príncipe inhumano quc no se atemorizó de que viniese sobre él la Divina indignacion al querer ser cruel homicida del casto honor de su hija. ¡Oh accion la mas infiel y alevosa! ¿Qué mas hiciera un estraño mancebo, que se viese despreciado, y que por vengarse quisiese burlarse de ella? En fin, sin mas acuerdo ni razon que la de cumplir su torpe deseo, se acercó á la cama de la cándida é inocente doncella, diciendo: Hija querida, dulce embeleso de tu amante padre, que no puede sufrir el fuego de tus peregrinos ojos, despierta, y no esperimente yo desdenes de tu hermosura, admite mis

amorosas caricias, recibe mis tiernos halagos; pero advierte, que si te resistes y no apagas el volcan con que se abrasa mi pecho, tu vida dará fin á impulsos de este bien templado acero. ¡Oh bárbaro atentado! ¡Cuán augustiada quedó la princesa con esta impensada novedad! Qué turbacion esperimentó con el descomedido arrojo de su imprudente y bárbaro padre! así es que casi no pudo articular palabra, de tal modo que la vergüenza y el temor la pusieron un lazo en la garganta. Pero sin embargo, recuperando como pudo el aliento, bañando los puros jazmines en vergonzosas clavellinas, sin perder los límites del respeto, que por derecho natural y divino se merece un padre, y repuesta un tanto de la fatiga que la acongojaba, afeólo la enorme é indecorosa accion en que habia caido, y le dijo: ¿Es posible, señor, que haya cabido en vuestro cristiano pecho tan atroz pensamiento, y que á la que habeis dado el ser querais contra naturaleza profanar su virginidad? Volver en vos, padre mio; reparad en que astuto el demonio os ha engañado proponiéndoos una hermosura que no tengo, para sumergiros en el laberinto de sus desdichas, si no deteneis el inaudito y torpe delirio que maquinais, provocando la ira de Dios. Temed su recto y justo castigo. Acordaos, padre mio, de aquel gran príncipe Alejandro Magno, que habiéndole parecido bien cierta mujer que prendieron sus soldados en el asalto de una ciudad, y se la llevaron para que la gozase, les dijo: Que quien habia de castigar no habia de dar mal ejemplo: Pues señor, mal podreis vos enmendar los defectos de vuestros vasallos, á vista del esceso que intentais con vuestra hija. Ea, padre y señor, sosegaos, retiraos á vuestro cuarto mirando por vos y por mí. Esto con lágrimas os lo imploro, y perdono el agravio que habeis querido hacer á mi honestidad.

A todas estas cristianas reflexiones no atendió su protervo padre, pues con el puñal en la diestra y amenazándola de que la habia de quitar la vida si no cedia á su amor, la asaltó segunda vez, y por fin se le rindió por miedo aquella alma angelical, gozando voraz el padre las brillantes luces de su hija, que cual otra Venus, era la mas gallarda y hermosa que habia nacido en aquel reino. ¡Oh enorme y atroz pecado! Grande fué el desconsuelo de la princesa, por temor de si quedaria embarazada, y no pasándose muchos dias sin conocer que lo estaba, se vistió de fúnebre luto, y se encerró en su cuarto sin salir de él por espacio de nueve meses, donde destilaba en perpétuo llanto albores cándidos de las lágrimas que exhalaba la tristeza de su corazon. Allí, como si padeciese demencia, unas veces se golpea-

ba. torcia las manos, y arrancaba de su cabeza los cabellos que parecian un tesoro de Arabia, haciendo tantos estremos, cuantos le pudo permitir su grande dolor; pues quejándose al Cielo de la sinrazon de su padre, esclamaba diciendo: ¿Qué es esto que pasa por mí, triste y afligida mujer? ¿yo sin fama, yo sin honor y este perdido, que es lo que mas me horroriza, á violencias de mi perverso y cruel padre? ¿Qué dirá el mundo? Creerá que soy una mujer disoluta, provocativa y fácil como Putifar, y engañosa como Circe. Y no muero aburrida de verme perdida y sin consuelo? Otras veces que se hallaba mas serena, decia: ¿Pero de qué me quejo? Yo soy la culpada. Porque, ¿de qué me sirvió aquella valentía de ánimo en resistir, si al cabo, impelida del temor, desmayé inconstante y cobarde le hice dueño de mi honor, para quedarme con la vergüenza de haberme rendido? ¿De qué provecho me fué aquel arrogante esfuerzo de reprender á mi padre, si luego cedí, haciéndome partícipe en la culpa? ¡Oh qué indiscreta fuí! Más acertado me hubiera sido haber perdido primero la vida, que verme en esta infame desdicha y sin la amistad de mi Dios, que es lo que con mas veras siento y lloro. Pero pongo mi esperanza, Señor, en vuestra divina clemencia. A vos, pues, Redentor mio, me acojo como pecadora arrepentida, porque estoy cierta que á un corazon penitente siempre le albergais. Ea, Señor, perdonadme, que yo os prometo de mi pecado la enmienda. En estas amarguras pasaba la desconsolada princesa los dias y las noches, á escepcion de algunos ratos, que con suspiros, ayes y sollozos se empleaba en disponer las mantillas y pañales para lo que hubiese de nacer, bordando en ellas el escudo de sus armas. Llegóse el término del parto, que con infinitos dolores, mezclados con llantos pudieran enternecer á las mismas fieras. Porque, ¿quién creyera de esta princesa, que teniendo tantos y tantas asistentes que la servian, habia de parir sin la concurrencia de la partera, y sin mas asistencia que la de una humilde criada que la acompañaba algunas veces en sus lamentos y trabajos? Parió, pues, con el auxilio divino un niño hermoso como un Adonis, á quien tomándole en sus brazos le hablaba tiernamente, como si el hijo fuera capaz de sentir los males de su madre.

¡Oh pobre criatura, decia, cuántos dolores me ha causado tu inocencia! ¡Cuántas adversidades te hará padecer mi desacierto!... La princesa resolvió se diese inmediatamente cuenta á su padre de lo que pasaba; el cual, para encubrir su maldad y la inculpable fragilidad de su hija, mandó á uno de los criados mas confidentes que recogiese el niño, y que con todo secreto le llevase á un monte, y

privándole del vital aliento, le arrojase á las bestias. ¡Oh qué acerba y cruel disposicion! Detente, hombre ó basilisco del infierno: mira lo que ordenas, mira lo que mandas. ¿No te bastó la culpa de enjendrarle, sino que quieres ahora que ese inocente corderillo sea funesto trofeo de la muerte? Bien quisiera no ser cómplice el criado en este infanticidio, mas no pudo rehusar el mandato de su príncipe, á quien debia obedecer, y así pasó al cuarto de la princesa, y la intimó como su padre y señor habia dispuesto le entregase su hijo, noticia que asustó á la pobre señora, que con tiernas lágrimas y mal pronunciadas palabras le rogó no le ocultase si era para darle á criar ó hacer algun estrago con él; respondió compasivo el criado. Yo, señora, me alegrara infinito de no ser el comisionado en la tragedia, que la crueldad del príncipe mi señor le fulmina; pero volved en sí, señora, del susto, recoged al pecho esas bien sentidas lágrimas, que yo os prometo por la ley que profeso de cristiano, que no he de ejecutar en él la sentencia rigurosa que vuestro padre bárbaramente le ha fallado; y así os suplico no resistais el entregármelo, pues de lo contrario se podrá aventurar el lance. No me opondré, dijo la princesa, porque no he sabido ser ingrata, y fio en esa palabra de que quedo agradecida. Y poniéndole las mantillas, se lo dió con un suspiro que se le desprendió del pecho, diciendo: La mayor tribulacion que conmigo queda, es el haber dado al mundo una criatura que haya de servir de víctima á tanta crueldad, sin mas culpa que haber nacido. No pudo detenerse mas el criado, y montando en un ligero caballo le metió espuelas y en breve llegó á la falda de un monte, que distaba seis leguas de la corte, y al pie de un frondoso árbol puso al infante, sirviéndole la dura tierra de cuna, y supliéndole las entretejidas ramas de aquel rústico tronco la falta de dosel, que por su calidad se merecia, donde le dejó anegado en tierno llanto, como pidiendo á los riscos, á los valles y á las aves con lastimosos sollozos le comunicasen el sustento que le negó la ingratitud de sus padres. A esta sazon dispuso la Providencia divina que el rey de Hungría saliese á caza por aquel monte, y estándose divirtiendo en él le llamó la atencion un continuado llanto que rato habia estaba confusamente oyendo, el cual le puso en cuidado; y con el deseo de saber quién en aquella soledad le esparcia, guiado del eco, llegó al sitio, y encontrando al niño, estendió la vista por todas partes, y no habiendo descubierto persona alguna, infirió le habian dejado allí suspirando, para que la piedad de algun pasajero le recogiese. Tomóle cariñosamente en sus brazos, llevándole de secreto á palacio: y reparando en que las mantillas y pañales significaban mucho, mandó le pusieran otras y guardó aquellas.

Despues determinó le bautizasen con el nombre de Albano, y que con cuidado le criasen, divulgando por el reino era hijo suyo, accion heróica y digna de un príncipe soberano.

CAPITULO II.

Cualidades recomendables del jóven Albano.—Propónele el rey que tome estado, y él elige por esposa la misma que le habia dado el ser.—Celébranse las bodas —Muere el rey dejando á Albano por heredero del trono.—Descúbrese por su esposa es igualmente su madre y hermana.

Criáronlo en palacio con tanto esmero, y supo aprovechar tan bien las lecciones de toda especie que le dieran sus maestros, que era de todos querido, tanto por lo agradable de su condicion, como por lo bizarro en el talle; era ademas muy cortés y liberal; callado en sus intentos, y prudente en sus determinaciones; era de lucido y claro entendimiento, discreto sin preciarse de serlo, y sobre todo era hombre virtuoso y casto. Además de todas estas gracias naturales que eran esmalte de su sangre, estaba adornado el jóven Albano, de las que resultó despues su grande y profunda humildad.

Atendiendo su anciano padre á que ya se hallaba en la primavera de los veinte abriles, le llamó un dia y le dijo: Mi amado y querido Albano, supuesto que el plazo final de la vida tarde ó temprano ha de llegar infaliblemente, es mi parecer que tomases estado; y así te advierto, pues que son ocho los potentados de este reino que han de estar á tu dominio, me digas si, para tratar de tu casamiento, te parece bien pedirles por medio de embajadores los retratos de las hijas que tuvieren en estado de contraer matrimonio. Pero, ¿qué es esto que observo? ¿parece que te has demudado? Ea, dime sin recelo de filial cobardía, qué es lo que sientes, y qué quieres que haga en este asunto. Es cierto, padre mio, respondió Albano, que estoy corrido de que sabiendo vos de que mi voluntad es hija de vuestras operaciones, consulteis conmigo lo que solo vos podeis

disponer, y yo ciegamente en obedecer, porque estoy bien persuadido que no hareis cosa que sea en mi daño.

Con esta humilde y poderosa respuesta quedó muy alborozado el viejo monarca, el cual luego al punto despachó embajadores á los potentados proponiéndoles su deseo; y habiendo vuelto á la córte despues de seis meses los ocho enviados. cada uno con sus copias, segunda vez llamó el rey á su hijo, y con afecto paternal le entregó las pinturas de las mas nobles damas del reino, diciendo: Míralas todas con atencion, y advierte que aquella de cuyo retrato hicieres eleccion, ha de ser tu esposa. Atienda aquí el lector las circunstancias de esta historia, para que con su ejemplo quede persuadido de que los juicios de la divina Providencia son tan profundos que nadie puede comprenderlos por mas que trabajen los designios humanos.

Teniendo el príncipe Albano en sus manos los ocho retratos, sin conocer á quienes representaban, quedó prendado de la hija de Hisano, con tanto estremo que sin dar treguas á los contratos, se previnieron con prontitud los reales aparatos para celebrar sus bodas; y saliendo de la corte el rey, el príncipe y los grandes con toda la real comitiva, sin detenerse arribaron en breve tiempo al palacio del nobilísimo Hisano, que los recibió con indecibles demostraciones de placer, y señaladamente la princesa, aquel portento de hermosura, que aunque enamorada con la gallarda disposicion del príncipe, quedando desde luego cual mariposa abrasada, no por eso dejó de atender á las urbanidades de la política con todos y evacuadas las ceremonias cortesanas y rendidos besamanos, se dió el parabien á sí misma, ofreciéndose por esposa del príncipe. La grandeza, el fausto y festivas invenciones de cañas, máscaras y saraos, con que solemnizaron los desposorios, no se puede encarecer, porque todo era un hechizo y un embeleso de las gentes.

En fin, se desposó la madre con el hijo, siendo tambien hermanos, y gozaron en los lazos de himeneo tiernos halagos y muy dulces caricias por espacio de dos años, en que cesaron las alegrías y calmaron los sustos, por haber adolecido el rey de un accidente mortal, que solo le dió lugar para recibir los Sacramentos, y decir al príncipe que mandase despejar la gente, porque le necesitaba un rato á solas. Hízolo así Albano, y sin poder sumergir en el oculto seno de su pecho las lágrimas que despedian sus ojos, dijo: Ya, padre de mi alma, estamos solos, y mi inalterable obediencia rendida á vuestros preceptos. Nunca, respondió el rey, he dudado de tu humildad y sumision; pero siendo como es llegada la hora de que mi alma pase á

dar cuenta al Supremo Dios y Señor del cielo y tierra, que ha de hacerme el cargo de todos mis actos, no quiero, querido Albano, hijo de mi corazon, por el presente paso en que me veo, llevar el desconsuelo de no declararte (con qué pena y con que dolor te lo digo) que ignoro quiénes son tus legítimos padres. Porque andando yo de caza un dia por el monte, te encontié en él, de pocos dias nacido, envuelto en unas mantillas al pié de un rústico árbol. Desde entonces criándote con cariño, te he tenido por hijo mio, te he tratado y estimado como tal, como tú bien lo sabes. Pues ahora como padre, te pido que gobiernes bien este reino, defendiendo su religion y su independencia. Esto lo conseguirás teniendo contentos á tus vasallos, y dando premio al leal que por sus servicios lo mereciere. Tambien te encargo que á tu esposa la veneres, como que Dios te la ha dado. Y por último, quedarás advertido, eres señor de otros Estados, segun lo demuestran los bordados escudos de la ropa con que te hallé, y á su tiempo sacarás de este escritorio que está á mi mano derecha. Concluido este razonamiento quiso recogerse un rato y á poco le acometió un accidente que le privó de la vida.

Todo su aliento, aunque anegado en lágrimas, hubo menester Albano para no morir de sentimiento, considerando difunto al que tenia por su querido y amado padre. En este conflicto la princesa (sin embargo del dolor que tambien sentia) se ocupaba en consolar á su esposo para que atenuase el torrente de tanto llanto, á que la respondió: Mi mayor quebranto nace de saber que no soy hijo del difunto rey, segun me deja prevenido, y que los escudos de las armas de mi padre, que no conozco, son los que podrán verse en mis mantillas y pañales, que están reservados en una gaveta de ese escritorio. No permitió el deseo ó la curiosidad la mas leve omision en reconocerlos, pues sacándolos Albano de donde estaban doblados, y viéndolos la princesa, al momento cayó con un fatal desmayo amortecida en el suelo.

Tal fué la turbacion de Albano, que no pudo moverse, hablar ni respirar; hasta que la bellísima princesa volvió en sí de aquel desmayo, y con cariñosas espresiones le dijo: ¡Qué es esto, adorada prenda mia! ¿No me basta mi dolor, sino que tambien quieres tú doblarme las penas? ¿Dime, qué sientes? Cuéntame tu pesar, pues ya mi corazon me pronostica mayores tribulaciones. Corto esfuerzo comunicaron á la triste y afligida princesa estas amorosas caricias de su esposo porque entre tímida y turbada estrechamente le besó la mano, y con un suspiro envuelto en un raudal de amargo llanto, la respondió: No solo por obedecerte. sino por ofrecer á Dics el dolor

que me ha de costar referir la oculta pena que me aflige, te diré, hijo del alma, querida prenda mia, un hecho el mas abominable y feo que caber pudo en la torpe disolucion del hombre. Ay de mí, y cómo temo llegar á los umbrales de mi tragedia!

Así, pues, te suplico me permitas que desahogue mi afligido corazon, dando soltura á las lágrimas que lo aniquilan y me privan que mi lengua te revele, como mi padre atrevido, loco y desesperado en el silencio de una infausta noche, cuando la comun tarea daba el tributo á Morfeo, se fué á mi cuarto, llegando á mi lecho, me amenazó con que habia de morir si no me sujetaba á su lascivo y desordenado deseo. Resistíme, como escollo combatido por las procelosas olas que porfian á trabajar en vano. Pero no cesando la amenaza, ni la violencia, ni el amago del acero sobre mi pecho, se ofuscaron tanto mis sentidos que cobarde con la turbacion y el miedo, consentí... y ejecutó en mí (qué pena!) la mas obscena maldad que se cuenta en las historias. Sucediendo esto me retiré á lo oculto de un retrete junto á mi estancia, que me sirvió de estrecha celda, y cubriendo de negra bayeta todo mi cuerpo, no salí de allí en mucho tiempo, donde me entretenia en labrar para cuando nacieses, estas mantillas y pañales, los primeros y los últimos en que te envolví. Mas sabiendo mi padre que te habia dado á luz, mandó á un criado te llevase á un monte y te matase; pero atendiendo yo á que tu inocencia no debia pagar la culpa que no tenia, con encarecidos ruegos le pedí te dejase con vida á las aventuras del tiempo entre las selvas. Esta es, querido hijo de mis entrañas, la verdad, sin faltar á ella en cosa alguna. Yo soy tu hermana, tu madre y esposa. Perdona, señor, á esta delincuente que confiesa su error, y si por lo inaudito merece castigo, dispon de mi vida, pues mi cuello se humilla á tus plantas.

Oyendo Albano estas razones, se quedó como petrificado poseido de admiracion y asombro considerando qué haria en lance tan arduo. Mucho podia con Albano su cordura, para no prevaricar en esta ocasion su entendimiento. Si bien algunas veces con ayes y suspiros que le salian del alma, prorrumpia esclamando: Oh inconstante y necia mujer! mas valerosa para pasar por los filos del deshonor, que por lo agudo de un puñal. Oh violencia la mas alevosa! Oh cruel y mas que tirano padre! No es posible te diesen el ser otros que fieras irracionables! pues se cebaron en una hija los impuros ardores de tu lascivia. Y no has perdido la vida, ó á lo menos enloquecido con tan execrable maldad? Oh corazon de piedra! Pues sábete, Hisano, que de nada te sirven los heróicos blasones y virtudes de tus

esclarecidos abuelos, si con tus indignos procederes los oscureces, perdiendo mucha parte de la nobleza que adquirieron: qué importa que hayas nacido con obligaciones de príncipe, si te quedas con la infamia de haber cometido una brutal maldad nunca oida?

CAPITULO III.

Albano se dispone ir en peregrinacion á Roma y ponerse bajo la obediencia de Su Santidad.—Grande penitencia por espacio de siete años.—Hisano y su hija caen en la tentacion de repetir su feo delito.—Albano los sorprende y les quita la vida.—Vuelve Albano á Roma y luego se retira á hacer penitencia al desierto, donde muere santamente.

No porque fraguaba mil discursos Albano en su triste imaginacion, se olvidó de solicitar los medios mas eficaces para el remedio de su gran pesadumbre, pues con el pretesto de que era preciso hacer una romería con su esposa, y haberle llamado el Pontífice para consultarle ciertos negocios de entidad, tenia trazado ausentarse de la corte, y encargando á uno de los mas principales caballeros que con los poderes y facultades necesarios gobernase el reino hasta su regreso. Solo apetecia una noche oportuna á su intento, y preparándosele tan oscura y triste como deseaba, sin ser sentido de nadie salió de la córte con la princesa, que iba vestida á lo peregrino como él: ambos descalzos de pie y pierna, pisando con sus delicadas plantas no solo las duras piedras sino los cardos y zarzas que produce la despoblada tierra, y llegaron despues de algunos dias, con indecible penalidad, á las puertas del palacio de Hisano; pidieron licencia para hablarle, que se les otorgó fácilmente, y puestos en su presencia con copiosas lágrimas y las rodillas en tierra, dijo Albano estas lamentables razones: Si acaso, gran señor, por la novedad del traje no nos conoces, pongo en tu noticia como aquí tie-

nes á tus dos hijos, y no como quieras me tienes á mí como yerno, sino como hijo propio, que me hubiste de tu hija infeliz, hoy mi hermana, madre y esposa por desgracia, ó porque los hados así lo quisieron. Qué confusa tribulacion es esta en que nos tiene puestos lo enorme de tu culpa, que por disposicion del Cielo está descubierta? Y has podido vivir tranquilo todo este tiempo, teniendo cerrados los ojos del entendimiento con el polvo de la obstinacion, sin haber solicitado con una cruel penitencia la gracia Divina por medio de la santidad pontificia? Advierte que el enojo de Dios fulminará contra tí, si no procuras calmar el dolor de haberle tan gravemente ofendido. Ea, señor, llorad, y lloremos esta imponderable ofensa. Sean nuestros ojos fuentes, que destilen lágrimas amargas de lo íntimo del corazon, para que aplaquemos la severa indignacion del Altísimo que nos crió, no para ofenderle sino para servirle.

Viendo Hisano declarada ya la fatal tragedia en que incurrió por su ceguedad, y que de vergüenza no podia satisfacer con razones correspondientes á los sentenciosos cargos que Albano le hacia, se reconoció culpado y resolvió pasar á Roma en compañía de sus dos hijos, no permitiendo mas dilacion que la de encomendar á un cercano deudo suyo el cuidado de sus Estados durante su ausencia. Hecho esto, se espusieron á las incomodidades que acarrea un largo camino transitado á pie y sin prevencion de alimento, cuya falta les oprimió bastante. Pero luego que vieron los muros de Roma á corta distancia, dieron alegremente gracias á la infinita piedad de Dios, que los dejaba llegar al centro donde reside el Sumo Pontífice.

En fin, entraron en la ciudad de Roma, y presentáronse ante su Beatitud, que los recibió benigno: le besaron el pie y sin levantarse, confesaron contritos la gravedad de sus pecados y atendiendo Su Santidad á la enormidad y circunstancias de las ofensas cometidas contra la inmensa Bondad, les impuso la condigna penitencia, de que por espacio de siete años habitasen lo inculto y breñoso de un yermo, llorando de continuo sus feísimas culpas; que los ayunos fuesen frecuentes, y la comida de yerbas del campo: que no vistiesen camisa y que pusiesen fuertes cilicios á su cuerpo, macerándole asimismo con sangrientas disciplinas; que no se quitasen la barba y que su cama fuese de duras y esquinadas piedras.

Precedida la aceptacion de esta penitente y saludable medicina, los absolvió su Beatitud, de quien se despidieron arrepentidos con un profundo llanto. Y no queriendo hacer mansion ni un instante en poblado, al punto se retiraron á lo mas áspero y escondido de

un solitario desierto, que solo le ocupaban animales silvestres, donde encontraron para su morada un acomodado sitio, tan impenetrable y oculto á los ojos humanos, que si salian fuera era necesario valerse de algunas señales para volver á él. En fin, albergue que pudo servir de defensa contra los brutos, de reparo contra la inclemencia, de silencio para la oracion que de contínuo observaban, y solo interrumpida por los aullidos de lobos y otras fieras.

Qué espectáculo seria ver á la delicada princesa trasformada en Magdalena, desmelenadas las trenzas de sus rubios cabellos, consumido lo brillante de sus ojos de puro llorar, tostadas sus blancas manos con la intemperie, y sus tersas carnes de color nacarado por sus grandes penitencias? Qué admirable seria ver al inocente y justo Albano andando entre riscos y peñas, desgarrando sus miembros con fuertes azotes, y pidiendo á Dios se doliese de su pobre alma? Y al viejo Hisano con la crecida barba que tocaba en la tierra, dando clamores al Cielo y vertiendo lágrimas abundantes de arrepentimiento!

De este modo, para satisfaccion en parte de sus errores, pasaban el tiempo y contaban los años, deseosos de cumplir enteramente su penitencia, de cuyo plazo llegó el dia; y habiendo con escesivo gozo dado gracias al Criador del Universo, que les dió tolerancia y resignacion para ello, por despedida dijeron: Adios, desierta morada! adios, dulce albergue, que tanto tiempo nos has hospedado sin interés; y pues no tenemos otro caudal, por pago te damos mil bendiciones, y pedimos al Soberano Señor del Empíreo, no permita seas profanada, ni sirvas de guarida para facinerosos bandoleros. Con esto determinaron retirarse hácia sus tierras para disponer de sus Estados y tomar el hábito de religiosos.

Aquí palpita el corazon, el pulso tiembla y la lengua balbuciente no acierta á referir, como siguiendo su viaje hicieron tránsito en la falda de una sierra, y un dia que se sentian fatigados determinaron hacer siesta al pié de un copudo árbol. Albano como bien acostumbrado á las penitentes tareas del desierto se apartó á un lado para por medio de la oracion pedir al cielo clemencia; á cuyo tiempo el demonio que no se descuida, con su influjo maligno incitó al padre y á la hija de modo que cometieron de nuevo el anterior delito. ¡Oh bárbara ejecucion! ¡Oh tierra! cómo no te abres y sepultas en tu centro á estos dos seres indignos, en quienes no hizo impresion la contínua y reciente penitencia. Por cierto muy elevado estaba el buen Albano, en la oracion, y no se le puede negar que estaba bien empleado: pero bien poco celoso de su honor, no advertia que su padre,

su hermana, madre y esposa, incorregibles volvian á reincidir en su deshonesta fragilidad con mayor desenfreno. Suspende, en fin, su oracion Albano, y reparando en el hecho, absorto y sin sentido se arrojó á ellos tan colérico, que sin poderse contener les quitó las vidas; y por no faltar á la piedad, y evitar que fuesen pasto de las fieras hizo una hoya, y dándoles en ella sepultura, aunque no eclesiástica, tomó otra vez el camino de Roma para sujetarse á la obediencia Pontificia, y declarar por estenso todo el caso como habia sucedido.

Oido por su Beatitud el relato le Albano, le amonestó que se volviese al desierto, llevando consigo un compañero presbítero; que todo el resto de su vida fuese penitente anacoreta; que mandase fabricar una ermita donde los cuerpos de sus padres yacian, que sacase sus cadáveres, que hiciese grandes penitencias, y que las oraciones que rezase fuesen dobles, y las aplicase por sus almas.

Con gusto abrazó Albano la disposicion del Papa: pero discurriendo que para ponerla en ejecucion y disponer de sus Estados, eran preciso algunos dias, rogó á Su Santidad le confiriese un limitado término; y movido Su Santidad á tan justa peticion, le concedió usase del que fuese menester; y no abusando Albano de la gracia concedida, sin perder un momento despachó diferentes cartas á sus vasallos mas distinguidos, manifestándoles que hacia renuncia de sus derechos á la corona, y era su voluntad que gozase sus principados, el pariente suyo mas cercano, y de unos en otros sucesivamente, no alterando la paz ni la quietud que siempre observaron sus antepasados. Y suplicaba que para la construccion de una ermita en que intentaba permanecer hasta su muerte, le enviase por una vez de su Erario por via de limosna, una corta libranza, que la esperaba de su piedad cuanto antes.

Tan pronto estuvo el socorro, que cuando menos pensó Albano, ya le tenia en las manos. Con que pudo disponer en breve le hiciesen la ermita con dos estrechas celdas. A esta sazon ya el Cielo le tenia inspirado un sacerdote de ejemplar virtud, que gustoso la acompañase: y prepararon los ornamentos que se requieren para la celebracion del santo sacrificio de la Misa, y otros adornos del divino culto; se retiraron á la espresada ermita en donde vestidos de ásperos cilicios, empleaban las mas de las horas del dia y de la noche en contínua oracion y varios ejercicios de penitencia. Siete años habitó Albano el sagrado retiro de su ermita, haciendo vida tan ejemplar como la declara la Iglesia. Y estando ya purificado con los trabajos, dispuso la Divina Providencia que recogiese el fruto de su mortifica

cion y penitencia enviándole la enfermedad mensajera de la muerte; y reconociendo el siervo de Dios por los efectos que se cumplia el plazo de su vida, con el mayor fervor pidió á su amado capellan y compañero le consolase con el divino Sacramento del Pan Eucarístico, en que se nos ofrece milagrosamente por el mejor manjar el mismo cuerpo de nuestro Redentor Jesús. Y recibiéndole con suma devocion, puso los ojos en el Cielo, porque allí tenia el corazon: y entregó su alma al Criador.

Hoy dia nos le da á reconocer por Santo la misma Santa Madre Iglesia, y por tal le veneramos.

FIN.